

LAS PALABRAS MOLDEAN NUESTRAS PERCEPCIONES

Una tesis más radical sostiene que las palabras, allende su característica de herramientas clasificatorias y más allá de sus consecuencias políticas y morales, importan porque el lenguaje influye en nuestra percepción de la realidad, condiciona nuestro pensamiento y determina nuestra visión del mundo. Aquí la perspectiva se invierte: las palabras importan no tanto por lo que hacen sino por lo que nos hacen.

Es difícil exagerar la preponderancia que ha adquirido el estudio del lenguaje en las humanidades y en las ciencias sociales durante más o menos los últimos 100 años. Se ocupan de él la lingüística, la sociolingüística, la psicología, la filosofía del lenguaje, la hermenéutica y la teoría del discurso, entre otras ramas del conocimiento. Algunas de las disciplinas mencionadas nacen justamente en el siglo xx a raíz de este interés renovado por el lenguaje, y en la filosofía, desde que Heidegger anunciara el retorno al Ser desde el lenguaje de la poesía, pasando por el giro lingüístico del pensamiento anglosajón y hasta el deconstruccionismo francés, prácticamente todos los problemas tradicionales, metafísicos, éticos y epistemológicos, se han tratado de plantear en clave lingüística. Para lo que nos interesa aquí abordaremos de forma somera algunas tesis planteadas originalmente en el campo de la lingüística y que han tenido repercusiones significativas en otros ámbitos, incluidos los estudios que abordan el problema de la discriminación.

Ferdinand de Saussure (1857-1913), considerado el padre de la lingüística, distinguió entre el uso cotidiano del lenguaje (*parole*) y el conocimiento innato que tenemos del lenguaje (*langue*) entendido como un sistema de correspondencias entre soni-

dos y significados. El primer aspecto se refiere a la forma como hablamos de hecho, con todo y los errores de pronunciación y de otros tipos que cometemos, mientras que el segundo aspecto proclama la existencia de una especie de plantilla ideal en nuestra mente que ordena sistemáticamente en parejas las etiquetas y los significados que constituyen el lenguaje. Saussure sostenía que esta ordenación por pares producía un sistema de signos, y que cada signo se dividía en un *significante*, que es la etiqueta, y un *significado*, que es un concepto. Ambos aspectos los consideraba inseparables en la naturaleza del signo. Además, desde su perspectiva, el hecho de que esta o aquella etiqueta sirvan para nombrar un concepto específico es algo meramente convencional. En términos más intuitivos podemos decir que la plantilla relaciona una palabra (digamos “árbol”) con la idea que tenemos de un árbol en nuestra mente.

Una de las consecuencias que tiene la idea de considerar el lenguaje como un sistema de signos es que las personas tendemos a considerar “naturales” las relaciones que en el nivel de la *langue* se establecen entre significado y significante, entre palabras y conceptos. Por decirlo así, no “vemos” la naturaleza convencional de esa conexión. Así, la naturaleza indivisible del símbolo lingüístico afecta nuestra percepción de la realidad cuando creemos que el concepto y el lenguaje que empleamos para representarlo se vinculan de manera obvia, “natural”, pero lo que debería ser obvio es que tal relación no es necesaria, y que podemos emplear muchos significantes diferentes para un mismo concepto. Lo anterior se muestra de manera sencilla cuando reparamos en el hecho de que la etiqueta para un mismo concepto cambia para cada idioma y, siguiendo nuestro ejemplo, será *arbre* en francés o *tree* en inglés. Saussure llamó a este fenómeno la “arbitrariedad del signo”. No expondré otros aspectos de esta influyente teoría; solamente deseo subrayar la idea de que, por su naturaleza, el signo lingüístico tiende a hacer invisible para los usuarios del lenguaje la arbitrariedad del signo, lo cual contribuye a concebir las palabras como un conjunto de herra-

mientas transparentes para hablar sobre la realidad. Ésta es una razón por la cual el lenguaje tiene un efecto tan poderoso en nuestra percepción de la realidad.

Años después Benjamin Lee Whorf (1897-1941), siguiendo la obra pionera de su maestro, el antropólogo Edward Sapir (1884-1939), postuló lo que se ha dado en llamar la “hipótesis Salir-Whorf”, la cual puede dividirse en dos partes: el relativismo lingüístico y el determinismo lingüístico. El relativismo lingüístico postula que las diferentes culturas interpretan el mundo de maneras distintas, y que ello se ve reflejado en los diferentes términos que emplean para referirse a las mismas cosas. Las distintas lenguas codifican la realidad de maneras diversas de acuerdo con sus necesidades, influencias ambientales y creencias, y de ahí el término “relativismo”, que recalca la idea de que no hay una forma absoluta o “natural” de categorizar el mundo, una forma neutral de describir el entorno.

El otro componente de la hipótesis nos dice que no sólo la manera como percibimos el mundo influye en nuestro lenguaje, sino que el lenguaje que usamos afecta de manera profunda la forma como pensamos. La comunidad lingüística a la que pertenecemos nos predispone fuertemente a elegir ciertas interpretaciones de la realidad como si fueran las “naturales”. Ambas partes de la hipótesis son caras de una misma moneda y, según Whorf, tanto las normas culturales como las pautas lingüísticas se desarrollan al mismo tiempo y se influyen mutuamente. Whorf alcanzó muchas de sus conclusiones realizando estudios comparativos entre el hopi (una lengua indígena del sur de los Estados Unidos) y las lenguas indoeuropeas (también realizó estudios de las lenguas de los antiguos mayas y mexicas, entre varias otras).

Veamos uno de los ejemplos que proporciona el propio Whorf en su artículo “The Relation of Habitual Thought and Behavior to Language”, escrito en 1939, para hacernos una idea del contenido de la tesis Salir-Whorf. En nuestra lengua utilizamos los términos “verano”, “invierno”, “mañana”, “septiem-

bre”, “atardecer” y similares como sustantivos, que pueden ser sujetos u objetos (como cuando decimos “en el invierno”) o adoptar la forma plural y ser numerados (“me gustan los atardeceres”, “hace dos veranos”). Mediante el lenguaje, señala Whorf, nuestro pensamiento sobre los referentes de esos términos se objetiva. Algo muy distinto ocurre en el idioma de los hopis. En él estas palabras no son sustantivos sino que, si utilizamos una analogía de nuestra lengua, tendríamos que decir que son una especie de adverbios. No podemos emplearlas para indicar un lugar (“en la mañana”), ni adoptan la forma del plural. En hopi no se dice “es un verano muy caliente” o “el verano es caliente”, pues para el hopi el verano no es caliente, sino que el verano sólo es cuando las condiciones ambientales están calientes, cuando hace calor. No hay aquí una objetivación como en muchas lenguas indoeuropeas, y no se dicen cosas como “este verano”, sino “verano ahora” o “verano recientemente”. De hecho, Whorf intenta demostrar que la lengua hopi no emplea en general ningún término abstracto como si fuera físico, es decir, dotándolo de sustancia y espacio. Por ejemplo, no hay en hopi ninguna palabra, forma gramatical o expresión que corresponda directamente a lo que nosotros entendemos con el vocablo abstracto “tiempo”, a ese flujo continuo en el que todo transcurre y que nos parece natural dividir en un pasado, un presente y un futuro (de hecho los verbos en hopi no poseen marcadores como los que nosotros usamos para indicar estos tiempos). Whorf basa sus investigaciones lingüísticas en muchos casos como éste, que aquí he presentado de forma simplificada.

Tanto las ideas de Saussure sobre la naturaleza del signo lingüístico como la hipótesis Sapir-Whorf nos sugieren que el uso continuo de un lenguaje refuerza las formas en que los hablantes perciben la realidad, lo que a su vez dificulta la capacidad de éstos para cuestionar sus hábitos lingüísticos. Nuestro lenguaje determina en nosotros una manera de ver y oír, algo que pasa por ser la única representación “natural” de las cosas.

Este mismo esquema se repite en una misma lengua cuando grupos de hablantes, separados por diferencias de clase, género, edad u otros rasgos, desarrollan códigos que favorecen interpretaciones distintas (algunas veces semejantes, otras veces muy disímiles) sobre aspectos particulares del mundo, sobre todo del entorno social. Crean vocabularios diferentes o dotan a las mismas palabras de connotaciones que no tienen para el resto de los miembros de la sociedad. Su afiliación consciente o inconsciente al grupo los vuelve insensibles a la visión de los otros grupos; sus hábitos lingüísticos les dificulta ponerse en el lugar del otro y adoptar su punto de vista. Por ello los prejuicios sociales, como los que sirven de base para las prácticas de exclusión, se arraigan tanto en la mentalidad de las personas y suelen ser tan difíciles de eliminar. Según este enfoque no tenemos que sostener explícitamente una ideología racista o sexista para adoptar una posición discriminatoria; basta con que nos formemos en ciertas comunidades lingüísticas para adquirir una concepción de las cosas que nos hace propensos a marginar a otros individuos, al margen incluso de nuestras creencias explícitas.

¿Significa esto que estamos condenados a ser víctimas pasivas del lenguaje que empleamos? Ciertamente ésa no era la idea de Saussure, y resulta al menos discutible que Whorf pensara algo así. Además, las tesis del relativismo y del determinismo lingüístico han recibido fuertes críticas desde varios frentes. Naturalmente no puedo detenerme en todas, así que sólo mencionaré un par. Una de ellas es de índole metodológica y centra su ataque en el hecho de que Whorf (y sus seguidores) basan sus conclusiones respecto de las diferencias entre las lenguas en una técnica de traducción en que se intenta demostrar el contraste entre las cosmovisiones de dos lenguas apelando justamente a diferencias lingüísticas, y no en una descripción separada de los hechos lingüísticos y no lingüísticos seguida por una técnica de correlación convencional, situación que implica que la hipótesis del relativismo lingüístico, al menos como la fórmula Whorf, cae en un círculo vicioso.

Por otra parte, algunos críticos han advertido sobre la posibilidad de que el tratamiento lingüístico de un suceso no corresponda necesariamente a la forma en que de hecho concebimos el suceso; en muchas ocasiones las expresiones que empleamos son desarrollos metafóricos o de otro tipo y no pretenden pasar por descripciones precisas del mundo. Por ejemplo, seguimos diciendo que “el Sol se pone”, pero no creemos que el Sol se mueva con respecto a la Tierra. Decimos “ojalá” (“quiera Alá”), aun cuando la mayoría de los hispanohablantes no seamos musulmanes. Juzgamos que una idea es “brillante”, que una convicción es “sólida” o que nunca “tenemos” tiempo, pero en ninguno de estos casos tomamos estas expresiones en su sentido literal. Con todo, quizás la prueba más fidedigna de que no estamos fatalmente atrapados en la jaula del lenguaje que nos ha tocado aprender es que podemos estudiarlo, compararlo con otros lenguajes, identificar y criticar los diferentes discursos que lo constituyen y, con estos materiales, mejorarlo para alcanzar diversos fines. Lo que sí no podemos es estar sin lenguaje alguno y seguir siendo humanos. También el relativismo lingüístico tiene sus límites, y si bien podemos imaginar gracias al lenguaje muchas maneras (incluso disparatadas) de organizar el mundo, en la vida real, en nuestra participación activa en las faenas comunes de la existencia, no cualquier interpretación de las cosas funciona, y algunas pueden resultar incluso contraproducentes para la supervivencia.

A pesar de estas y otras críticas, las ideas expuestas persisten en muchas teorías actuales sobre el lenguaje, y si bien han adoptado formas distintas y, sobre todo, más moderadas, han contribuido de manera esencial a la agudización de nuestra conciencia de la relevancia de nuestras prácticas lingüísticas para la forma en que interpretamos la realidad, y han desterrado, quizá de manera definitiva, la idea de un acceso sin mediaciones a una realidad inmaculada constituida al margen de todo interés humano mediante un conjunto de palabras que guardan relaciones transparentes con cada uno de los elementos del mundo.